



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADÉMICOS
CAJA	021
EXP.	063
DOC.	004
FOJAS	49-66
FECHA (S)	S/F

*Versión modificada por Artes
de México y revisada por mí*

BF7C21E63D4F49

EL ESPIRITU DETRAS DE LA PIEDRA

BEATRIZ DE LA FUENTE

De riqueza excepcional es la colección de objetos de arte prehispánico del Museo Etnológico de Dahlem en Berlín. Sorprende la increíble variedad de piezas de diversos lugares y tiempos de la antigua Mesoamérica. Al observar la colección podemos percibir los gustos, los ideales, las convenciones y las formas utilizadas por los artistas prehispánicos para expresar su vida cotidiana, sus rituales y creencias y su manera de ver la naturaleza. Investigar las formas de representación del hombre en la piedra, el barro y la pintura es perseguir el espíritu intangible en la imagen concreta.

La representación de la figura humana es una necesidad primordial de la conciencia. A través de las representaciones es posible seguir las modalidades de la conciencia prehispánica desde el inicio de la civilización en Mesoamérica, antes del primer milenio a. de C., hasta su ocaso en el siglo XVI, durante la Conquista.

En este artículo analizaré ^{algunas de} las representaciones de la figura humana de esta colección. Cada una servirá de vehículo para definir las características de cada cultura y para entender, en lo posible, sus significados.

El esquematismo y la expresión individual: modos paralelos

Los rasgos humanos, en su mínima expresión, se encuentran plasmados en las representaciones estilo "mezcala". Estas esculturas proceden de un poblado del

La
mismo nombre, el sur del Río Balsas, en Guerrero. Esta expresión esquematizada se concreta en figuras como la de brazos angulosos sobre el vientre, en la que predominan los rasgos geométricos. Su forma se reduce a un volumen definido con una superficie plana. El mismo cuerpo visto de frente se puede inscribir dentro de un rectángulo. La cabeza y cara, notablemente mayores que el cuerpo, forman un óvalo en el que se han realizado las mejillas extendiéndolas hasta las orejas. El rostro, compuesto por planos, exhibe dos puntos atractivos: el entrecejo saliente y las sombras que marcan la intersección donde se eleva la nariz y se muestra la hendidura de la boca. Este rostro corresponde a un prototipo y se repite, con distintas variantes, en esculturas del mismo estilo artístico. En este esquema simple, articulado geoméricamente con planos y realces sobriamente dispuestos, se da forma a una de las figuras humanas fundamentales de la plástica del antiguo México.

Tales
Estas piezas recuerdan a las figuras cicládicas de la antigua Grecia (ca. 2200 a. de C.) y a la idea de Worringer sobre la voluntad de "abstracción" y de "naturalismo", en las épocas tempranas del arte. Como no hay narración, ni se percibe el deseo de copiar fielmente a la naturaleza, se establece uno de los caminos de la creación artística: el que inventa, reduce y combina formas que resultan en algo ajeno a la propia naturaleza. El interés por crear una estructura fundamental define el carácter solitario de la abstracción. Revela el recogimiento de la vida concentrada en un universo que comienza a ser comprensible para el hombre.

(figura 1)

Una pieza posiblemente originaria de La Venta, Tabasco, de notable vigor estilístico y de enérgica expresión individual, parece representar a uno de los

gobernantes de la ciudad. Su estilo es olmeca y su pequeñez esta dotada de impresionante monumentalidad. Las esculturas olmecas, de grandes o pequeñas dimensiones, realzan este tipo de proporción, enfatizan el esquematismo de los rasgos, consolidan la pesantez de la masa y muestran tridimensionalidad. Varían el tamaño, el peso y el material de estas esculturas. Las hay de poroso basalto, con 150 cm. de altura y entre 8 y 10 toneladas, y de jade finamente tallado y pulido que alcanzan apenas 20 cm. En todas se percibe el gusto por expresar la forma humana mediante volúmenes asentados, así como se produce, a través de la sensual forma curvada, una sensación táctil.

La imagen del hombre se representa radicalmente, o bien reduciendo las formas a patrones geométricos (como la escultura estilo "mezcala"), o con la estilización de rasgos humanos, a los que se se enfunde vida (escultura olmeca de La Venta).

(figura 2)

A una modalidad distinta pertenece la hermosa "mujer bonita" hecha durante el Periodo Preclásico Medio en el centro de México (1150-550 a. de C.). Entre las representaciones más antiguas de Mesoamérica están las figuras de mujeres, pequeñas esculturas de barro entre 15 y 30 cm. de altura, que refieren a las diosas madres y de la fertilidad. A tales atributos, dan una sugerente morbidez a sus pechos firmes y pequeños, su cintura estrecha y sus caderas desproporcionadamente amplias. En contraste con la sensualidad de las formas específicamente femeninas, los brazos son sumamente cortos —casi como muñones— y las piernas estilizadas terminan en brevísimos y apuntados pies.

Severa usar mi
texto imp. y

2/

2/

Esta figura recuerda, igual que otras, la cualidad lineal que estableció Wölfflin, "la línea como cauce y guía de la visión", por la precisión de los rasgos, la claridad del diseño del tocado y las trenzas que descienden sobre el torso.

(figura 3)

El hombre se retrata a sí mismo

La imagen de la figura humana, heredada de los olmecas, fue recogida y llevada a su máxima expresión por los mayas. Sólo los mayas y los pueblos que habitaron lo que es hoy el centro de Veracruz, tradujeron artísticamente la percepción de la Naturaleza que envuelve y matiza la acción humana. De ahí que, en general, el arte de tierras bajas y tropicales haya incidido en la figuración natural en ocasiones realista.

Los mayas del Periodo Clásico (300 a 900) tuvieron como tema primordial la figura humana. Imágenes de hombres y mujeres de diversas jerarquías, en distintas actitudes y actividades, cubrían el exterior de los edificios, desde los muros hasta las cresterías. Los interiores muestran también representaciones humanas en losas, tableros, dinteles, jambas y pinturas murales. ^{en} abundan los recipientes y platos de barro policromado, así como ^{en} las figurillas de terracota. De ahí que el arte maya de la región central haya sido esencialmente homocéntrico.

Este hombre representado en el arte es el hombre real, que se conoce a sí mismo, por ello gobierna y da lugar a todo lo existente. Así se le mira en un dintel — que proviene de La Pasadita, Guatemala—, cuyo estilo, temas, e inscripciones remiten al poderoso estilo desarrollado en Yaxchilán, Chiapas. Se trata de un relieve en piedra caliza que representa una escena de sumisión. Fue ejecutado durante el siglo VIII,

9/ cuando La Pasadita, estaba sujeto a la dominación militar de Yaxchilán. En el dintel se reconoce, a la derecha, al gobernador de Yaxchilán, que sostiene una poderosa lanza. Un jefe de menor alcurnia, el *cabal*, se le enfrenta rígido e inexpresivo. Entre ambos se encuentra una figura hincada sobre el suelo, con el rostro vuelto hacia arriba y el cabello suelto sobre la espalda. Esta figura simboliza al vencido, y en ella se articula, la expresión dinámica del guerrero y la hierática del espectador e intermediario. El estilo de Yaxchilán se reconoce por la nariz grande y bulbosa, las piernas extendidas — como si estuvieran infladas— y el juego reiterado de posiciones, de frente y de perfil, que confieren a la composición notable dinamismo y expresividad.

(figura 4)

Conviene recordar que el recurso principal de los mayas fue el relieve policromado. Al igual que se aprecia la riqueza de sus formas de representación, sorprende la variedad de la técnica de relieve. Los hay —como el de La Pasadita— con valores bidimensionales. En otros, como el de la cabeza en estuco, las formas adquieren cualidades cercanas a la escultura. El medio suave y la casi tridimensionalidad refuerzan la voluntad de reproducir fidedignamente la apariencia natural. El severo rostro de estuco, material que se utilizó mucho en Palenque, tiene los rasgos de la fisonomía maya: frente aplanada, nariz prominente y curva en su dorso, ojos rasgados en medio de párpados gruesos y caídos, boca de labios delgados.

Palenque fue el sitio que concentró este arte peculiar del estuco. En él se recogieron los más fieles semblantes de la nobleza maya, figurados de acuerdo con un ideal que simboliza al hombre que se conoce y gobierna al mundo que lo rodea.

(figura 5) ?

La más amplia galería de retratos del mundo mesoamericano lo constituyen las figurillas de terracota encontradas en la isla de Jaina, en Campeche. Todas son de pequeño tamaño —con medidas que van de los 15 a los 25 cm.— y entre ellas se reconocen personajes de diferente edad, en variadas actividades y situaciones. En algunas maravilla la vivacidad de la expresión que se traduce en imágenes que dan testimonios de la vida cotidiana, del espíritu que se manifiesta en todas y cada una de las acciones diarias: molenderas, tejedoras, nobles y gobernantes, oradores, enamorados, ancianos, hilanderas, guerreros y muchos más. Niños, adultos y viejos, plenos de vida, expresan en sus formas frágiles y cuidadosamente acabadas, la condición de la existencia. Como el guerrero en movimiento que se conserva en el Museo de Berlín, con cabeza huidiza por su deformación antero-posterior, una ostensible placa para aumentar el perfil de la nariz y el cuerpo revestido por indumentaria de placas —posiblemente simulando tiras de cuero— que denotan su carácter militar.

(Figura 6)

Hay que mencionar también ³son los vasos y recipientes de barro que en la superficie externa muestran fino enlucido de estuco en la superficie externa, sobre este, se aplicaron, a manera de fresco seco, los más delicados dibujos. Hombres o dioses, la mayor parte de las veces con apariencia humana, ejecutan acciones adecuadas a su jerarquía. Así, aparecen lo mismo jugadores de pelota —con la parafernalia que les es característica—, que escenas del viaje por el inframundo, liturgias de sacrificios, asuntos de guerra y de cautivos, danzas ceremoniales, rituales de acceso al poder, y escribas o pintores en plena actividad. Esto es, en suma, registro de

hechos, tanto de carácter histórico como sobrenatural. Por ejemplo, el vaso decorado con una figura masculina pintada sobre el estuco. De clásicas proporciones naturalistas, plasma el ideal de belleza del rostro. El hombre va casi desnudo, salvo por el rico tocado de flor de loto y su mano derecha, de estudiada posición, sostiene una suerte de cilindro. Una cuerda baja por los lados de sus hombros, ^{y un pectoral euelga} Como en otras ^{de su pecho.} representaciones de víctimas y sojuzgados —su señal concreta es la cuerda— se percibe un gusto natural por exhibir las formas humanas. El escriba, el pintor y en general el artista maya, en íntima unión con la naturaleza, representan al hombre en su justa dimensión.

(figura 7)

La habilidad en la talla de piedras verdes, transmitida por generaciones, desde los remotos antepasados olmecas fue realizada magistralmente por los mayas. Las muy preciosas jadeítas se destinaron a ofrendas mortuorias, y a ornamentos tales como orejeras, collares, brazaletes, pectorales, diademas y pequeñas máscaras que se sobreponían al atuendo. Hay ejemplos de factura excepcional en la cámara funeraria del templo de las Inscripciones en Palenque. El museo de Berlín conserva, entre sus preciados tesoros, un pectoral grabado con el retrato de un personaje barbado y de obesa complexión que sin duda corresponde a un individuo importante. Sentado a la manera oriental, su cuerpo se mira de frente, y su rostro de gesto adusto, se vuelve sobre su hombro izquierdo.

(figura 8)

La vida cotidiana

Hace cerca de dos milenios, probablemente dos o tres siglos antes y después de la Era Cristiana existió en el occidente de México una región poblada por hombres de gran *afinidad* / solidez artística y cultural. Me refiero a la zona actualmente constituida por Michoacán, Colima, Jalisco y Nayarit en la parte noroeste de la costa del Pacífico. Lo que unifica a la zona es, por una parte, la presencia de tumbas de tiro, llenas de ofrendas de figuras de barro que revelan una concepción particular de la vida, la muerte y el mundo, así como un parentesco formal y espiritual con las figuras del Preclásico y de la isla de Jaina. Es el retrato del hombre en su vida diaria, obras de arte hechas por el pueblo y para el pueblo destinadas a convertirse en objetos sagrados. Esculturas modeladas en barro que representan a seres humanos, animales y plantas, expresión biofílica por esencia, cuya última y sublime función fue acompañar a la muerte.

El material, siempre barro cocido, revela el carácter humilde de la sociedad campesina por la que fueron producidas. Los temas reproducen o estilizan, con frescura y espontaneidad, imágenes de la naturaleza, desde aquellas producto de la / observación directa —como las figuras de Colima— hasta deformaciones estilizadas colindantes con la caricatura, como ocurre en Nayarit.

El estilo de Colima es técnicamente perfecto. Muestra la mayor elegancia formal y ofrece más variedad de temas. Casi todos los momentos del ciclo de la vida humana fueron captados en esculturas de diferentes tamaños, como la figura de mujer embarazada que se moldeó en barro gris y se decoró con la técnica de pastillaje que antiguamente perteneció al ilustre americanista alemán E. Seler.

(figura 9)

Otra figura sólida, de tamaño reducido, es la mujer que con el cuerpo sumamente inclinado, los largos brazos curvos y los dedos apenas insuinados, se convierte en la representación de la molendera, quien sobre el metate, extiende la masa con la "mano" o rodillo para hacer tortillas. Tanto ésta imagen como la del silbato que representa a un tamborilero, son temas recurrentes en la plástica de

Colima y de Michoacán.

Las esculturas más grandes son huecas, vain

(FALTA?) revestidas de un baño de color predominantemente rojo; la

vertedera de la vasija se coloca en un sitio, también es rasgo característico, que no altera la forma representada. Como el robusto cargador de cántaros, uno de los cuales sirve, precisamente, de vertedero, que asienta su pesada humanidad sobre amplias y redondeadas piernas. Cinco son los cántaros que carga con un *mecapal*, que sostiene en la frente; su cara es de mejillas mofletudas y ojos como granos de café.

(figura 12)

Característico del estilo elegante de Colima es, también, un *bebedor*, así se ha nombrado al conjunto que, con las piernas cruzadas sobre el suelo, sostiene un cuenco a la altura de la boca, como si estuviera bebiendo. Al igual que la figura anterior es prototipo del estilo.

(figura 13)

Las esculturas de Jalisco provienen en su mayoría de la parte norte del estado, muy cerca de Nayarit. Carecen de la vivacidad, la dinámica y, la expresividad de las figuras de Colima, aun cuando en repetidas ocasiones representan asuntos y actividades semejantes. Tienen, sin embargo, cualidades que les son muy propias,

como el aplomo y la pesantez de las formas. Quizá la técnica de paredes gruesas y el color del barro, ocre y grisáceo, contribuyan a esta gravedad visual, aún cuando se trata de figuras huecas. Otra característica es el tamaño desmesuradamente largo (grande?) de la cabeza y la cantidad de las extremidades que se recortan en exceso.

Por otra parte, dos esculturas del Museo de Berlín muestran rasgos que definen estilos locales de Jalisco. Me refiero a una mujer sentada, cuyo estilo ha sido bautizado Ameca gris. En su cuerpo, con aspecto de bloque más o menos cuadrado, resaltan los pechos firmes y voluminosos. Su cabeza es excesivamente larga y está envuelta en un turbante. Pero el rasgo que la distingue es la forma peculiar de sus brazos: muy cortos, terminan en pequeñas manos planas extendidas en actitud de detener algo; sobre los hombros llevan bolas o botones.

(figura 14)

La segunda pieza, procedente de Jalisco, corresponde al estilo Arenal Café del que se conocen pocos ejemplares. En su apariencia y en su técnica —un tanto híbrida— convergen rasgos de otros estilos, el antes citado Ameca gris y los de Nayarit. De estos toma su aspecto, en el límite de la deformación y la caricatura, a la vez que conserva, gracias al sentido volumétrico de las formas, un peculiar sentido plástico.

(figura 15)

9/ La expresividad de los primitivos?

Desde cierto punto de vista, las figuras en terracota de Nayarit revelan el arte más primitivo de los estilos de Occidente. Arte de formas simples, de mala factura y, salvo excepciones, de pobre acabado. Tiene, sin embargo, una riqueza expresiva

excepcional. Es un arte espontáneo que se realiza, de manera amena, en un lenguaje artístico fácilmente legible en su narración anecdótica. Arte que se interesa por comunicar vivencias primordiales. A este conjunto estilístico pertenecen las figuras sedentes, femenina y masculina, que proceden de Ixtlán del Río. A diferencia de los otros estilos locales éstas nunca fueron usadas como vasijas; ^e El barro es muy poroso y se encuentra^{n/} por parejas. Entre los rasgos que otorgan identidad a las figuras están la nariz curva terminada en pico; las grandes orejeras como zarcillos y el adorno nasal o nariguera colgante. La decoración policroma de diseño geométrico, también característica, realza vestuario y adornos. De este modo se crea una alegre superficie de gran riqueza colorística que complementa la imagen caricaturizada e incluso deforme.

(figura 16)

Naturalismo y abstracción

Extraordinariamente completo es el acervo que procede del centro de Veracruz. En él se encuentran ejemplares sobresalientes de la región norte de la costa del Golfo de México. Esta región, de tierras bajas y tropicales, fue una suerte de crisol de diferentes y complementarias formas de expresión. Ejemplos de esto son la vigorosa cabeza-retrato del centro de Veracruz, la convencional y reiterativa "figurita sonriente" y las esotéricas esculturas en piedra —yugo, hacha, y palma— asociadas al ritual del juego de pelota.

Una escultura impresionante es la espléndida cabeza de barro, con perforaciones en la partes altas, en dónde se introducían plumas para reforzar el

carácter realista. Llama la atención, no sólo por la calidad de su factura, sino por la sugerencia asombrosa de un modelo natural que quedó vivo en su imagen de terracota. (figura 17)

Ciertamente dentro de la corriente figurativa de carácter naturalista, siempre en barro, destacan las "figuras sonrientes" que proceden, acaso, de la misma región que las imágenes-retrato. Una diferencia fundamental las distingue: son representaciones convencionales de los que hoy día —en la cultura occidental— consideramos cómo expresión de alegría. Abundan las figuras de jóvenes de ambos sexos que tienen en común la franca expresión de la sonrisa, convertida en ocasiones en risa plena. En conjunto las "figuras sonrientes" constituyen una manifestación excepcional, en lo particular, cada una reitera el patrón formal que sostiene el gesto de la risa.

(figura 18)

Tres modalidades escultóricas parecen ser oriundas de esta región: los yugos, las hachas y las palmas. Objetos que revelan el dominio técnico y la sabiduría de los escultores que las crearon. En ellos se reproduce simbólicamente, parte de los atavíos de los jugadores de pelota. Los yugos recrean los cinturones de dichos jugadores; de ahí su forma general de herradura. Rostros humanos, cabezas de serpientes, sapos, búhos y entrelaces son los diseños relevados que los ornamentan.

(figura 19)

Las hachas representan, en piedra y a gran escala, un objeto que se colocaba en el cinturón de los jugadores; por ello la muesca en su vista posterior. El tipo más usual de hachas son aquellas cuyos lados se aproximan y estrechan hasta terminar en filo,

sugiriendo un hacha real; ambos lados son ilustrados frecuentemente con rostros humanos vistos de perfil.

(figura 20)

Las palmas semejan en su forma una paleta de remo, tienen una base ancha y se extienden como abanico en su porción superior; llevan también una muesca que podría sujetarse al yugo. Es común decorarlas con figuras humanas preciosamente relevadas en medio de entrelazamientos, o que con un mínimo de elementos —de tres hojas palmeadas, por ejemplo— logren profunda y religiosa expresividad. (La colección de arte prehispánico del Museo de Berlín cuenta con espléndidas piezas de cada una de las modalidades antes mencionadas.)

(figura 21)

La voluntad de recrear, de manera naturalista o estilizada, las formas humanas, se extiende por la región de la Huasteca que abarca la parte norte de la costa del golfo de México (Veracruz y Tamaulipas) y porciones de los estados de San Luis Potosí, Querétaro, Puebla e Hidalgo. Es una tradición que se inicia, varios siglos a. C. con figurillas en barro, femeninas en lo general, que alcanzan su expresión cimera en esbeltas y proporcionadas formas humanas. El talle sumamente alargado, el rostro, plano del que se proyectan levemente la nariz y la boca, y los ojos marcados por horadaciones, confieren a estas figuras identidad estilística. El jugador de pelota con cinturón, manopla, y rodilleras, es testimonio exquisito de este estilo.

(figura 22)

Esta tradición culmina con tallas en piedra, hechas durante el lapso comprendido entre los siglos IX y XII. Desprovistas del lenguaje naturalista se sitúan

*no espesa la losa:
que les confiere las losas rectangulares de la piedra arenisca propia de la region*

dentro de la abstracción y el geometrismo, elementos surgidos naturalmente por la presencia en la región, losas rectangulares de piedra arenisca. Estas losas también determinan, por su poco grosor, otra cualidad formal: su carácter radicalmente frontalista. Entre las piezas más hermosas de este museo está la estatua femenina de la Huasteca. Responde a la estructura convencional de este tipo de representaciones: de pie, con el cuerpo y la cabeza colocados de frente, el pecho desnudo y la falda plana cubriendo la mitad inferior del cuerpo. Los brazos bajan en ángulo a los lados del cuerpo y las manos, de gran tamaño, se apoyan sobre el vientre. A esta mujer de piedra la distingue, además de la esquemática y delicada factura que le confiere "serena belleza" clásica, un vistoso tocado reducido a paños curvos y geométricos, en cuya base se representaron sendas cabezas de serpiente. Se ha dicho que imágenes como ésta representan a Ixcuina-Tlazoltéotl, la diosa Tierra-Madre.

(figura 23)

Los bajorelieves independientes son escasos en el arte Huasteco, y representan escenas sustancialmente distintas a los temas de figura humana única en t (no la figura humana sino otro tipo de escenas). El estilo local de Huilocintla, Veracruz, *esculturas*

se reconoce porque los personajes principales de tales escenas llevan a cabo autosacrificios, como traspasarse la lengua con una vara de púas. La lápida en Berlín muestra una escena similar a la del Museo de Antropología e Historia, en México, y a un fragmento de una colección particular. Las unifica también, el trazo lineal, muy recortado, que perfila las figuras, la ocupación casi total de la superficie y la fragmentación en pequeñas piezas, como si se tratara de un mosaico, de la indumentaria, del tocado y de los ornamentos que usan esas figuras. De esta forma la superficie relevada simula una especie de tapiz en el que todos los elementos

*Figura 23 no es una diosa serpiente
se refiere a un tipo ya fue
no es lo que parece decir*

9/

9/

La escena de autosacrificios se efectúa frente a una deidad de la muerte y a un guerrero armado de escudo y lanzas.

representados conservan la misma importancia visual. En la escena de autosacrificio

aparecen una deidad de la muerte y un guerrero armado de escudo y lanzas. El

individuo que ofrenda su sangre, es el dios *Ehécatl-Quetzalcóatl*, como lo indican ~~el~~ *SV*

pectoral, el joyel del viento ^{que es un} ~~y~~ el caracol cortado en sentido transversal que muestra el diseño de espiral.

(figura 24)

La esencia de la convención

Durante el periodo clásico el actual estado de Oaxaca fue una región con identidad

cultural propia. Esto se advierte con claridad en las urnas ^{que procedían} de la zona. Dichas urnas se

destinaban ^{como ofrendas} por lo general a los difuntos y a los dioses ^{consisten} y consistían en cilindros huecos

^{que llevan} adornados, en la parte frontal, con figuras humanas modeladas en tres dimensiones.

Un grupo de ellas conserva rasgos exclusivamente humanos, mientras que en otro conjunto estos resultan dramáticamente alterados. Ambos usan enormes tocados de elaborada factura. En el primer conjunto, que muestra repetitivamente el rostro prototípico zapoteca, se incorpora la llamada "diosa con el turbante de perlas" del Museo de Berlín, y de acuerdo con Eduard Seler, su dueño anterior, procede de Suchatengo. El típico rostro zapoteca tiene ojos de comisuras apuntadas y párpados abultados; el inferior dibuja una curva abierta hacia arriba. Los ojos se encuentran muy juntos entre sí y son estrábicos, la nariz es de alas anchas y de dorso encorvado y los labios gruesos, grandes y bien delineados, se figuran, a menudo entreabiertos permitiendo apreciar los dientes. Además, muestran grandes tocados, orejeras, collares, pectorales y capas hechas con técnica de pastillaje. En la diosa berlinesca el

rostro es desmesuradamente grande, y el turbante que la distingue está formado con hiladas de pequeñas cuentas sostenidas por dos cintas ornamentadas. ^{Una} ~~Lleva~~ un collar de cuentas grandes, capa corta y faldellín, se sienta a la manera oriental y apoya las manos sobre las rodillas. Su estructura formal y rasgos son los habituales en este tipo de urnas; en cuanto al tocado, es lo que otorga identidad a estas piezas.

egritas/ La imagen inmaterial del hombre

Teotihuacan fue la más espaciosa metrópoli de Mesoamérica, asiento de una poderosa cultura cuyo estilo artístico revela la más notable homogeneidad. Aquí se desarrolló el estilo mesoamericano más vigoroso y definido. ^{más totalmente inconfundible.} La expresión del espíritu humano es sujeta a estructuras geométricas de rigurosa simetría. Líneas rectas, aristas, y ángulos, configuran formas y combinaciones fantásticas. Así, el espíritu parece moverse en un espacio irreal, al margen de toda indicación temporal: una imagen inmaterial del hombre.

El incensario o brasero de Berlín es característico del estilo teotihuacano. Se trata de la fachada escenográfica de un templo en cuyo interior hay un rostro — supuestamente la efigie de un dios o de un muerto. La fachada, hecha de placas de barro, representa diversos elementos arquitectónicos y ha sido ornamentada con plumas y rosetones. El rostro, carente de individualidad, se inscribe en una suerte de trapecio; la línea horizontal que señala su límite superior se repite y angosta a nivel de los ojos, más abajo de la boca; en el límite inferior culmina en el brevísimo trazo que marca el mentón. Inanimado rostro teotihuacano cuyo espíritu se arraiga en profundos conceptos cósmicos.

(figura 26)

Las figurillas de barro cocido se cuentan por millares. Las más antiguas muestran cuerpos planos puramente dibujados, y extremidades acaso demasiado prolongadas; forma y rasgos del rostro indican ya el definido estilo teotihuacano. A pesar de su simplicidad y técnica mecanizada, estas figurillas son graciosas y animadas pues fueron modeladas con fina sensibilidad estética.

(figura 27)

En un fragmento de pintura mural que procede, posiblemente, de Techinantitla en Teotihuacan, puede observarse una reducción a signos primordiales. La forma humana, en la que sólo es reconocible la boca —pues las manos se transforman en garras—, es sustituida por signos que otorgan sentido al concepto aquí expresado. Así, se ha supuesto que la imagen de este mural, que se encuentra en diversas ocasiones en otras pinturas de la gran metrópoli, es representación simbólica de una deidad asociada con el agua y los sacrificios humanos, reiteradamente presente en el periodo Metepec (entre 650 y 750 d.C. (OJO DUDA)). Como se dijo antes, una característica de la pintura teotihuacana es la reducción o eliminación de rasgos en las imágenes; de allí que la figuración de uno de ellos baste para evocar la imagen en cuestión y su significado.

En este fragmento de mural se reconoce la boca abierta que exhibe dientes y encías, y de cuyo centro mana una corriente de agua que se bifurca en dos volutas; éstas se continúan en otras mayores, abarcando a la deidad en su parte baja. El agua, tema principal en los murales teotihuacanos, se manifiesta en múltiples formas. Se asocia, desde luego, con su acción fertilizadora —flores y semillas se desplazan en las

corrientes, flores y botones salen de su boca—, pero también con la destrucción, de ahí que las manos se transformen en garras. La deidad es simultáneamente benévola y ^{feroz}fero; da la vida y reclama la muerte en el sacrificio. Es el concepto puro que abarca la totalidad: lo femenino y lo masculino, la vida y la muerte, la siembra y la cosecha. Los colores no pretenden ser los de la naturaleza, por ello los verdes, los azules, los ocres y los rojos—en especial el rojo “teotihuacano”—, colaboran en ubicar la imagen en un espacio inexistente, carente de referencias reales.

(figura 28)

Del naturalismo a la abstracción, de la convención al retrato, de la planimetría a la corporeidad, de la expresividad tangible a la presencia inmaterial, el espíritu humano se hace presente a través de la plástica. De todo ello dan cuenta las obras maestras del arte prehispánico en el Museo Etnológico de Berlín.

Agradezco al doctor Jesús Galindo la traducción, del alemán al español, de las cédulas de los catálogos del Museo Etnológico de Berlín.